



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1191

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración...

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 20 DE AGOSTO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimiro 61; y J. Jones, Faubourg Montmartre, 311.

GRAN FABRICA DE LUNAS

y depósito de cristales,

molduras, marcos y estampas

JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2.—CARTAGENA.

Lunas en blanco de espejo biseladas y grabadas al ácido.—Vidrieras artísticas para iglesias y salones.—Baldosas cristal para pisos.—Baldosillas para claraboyas.—Lunas de segunda plateadas.—Vidrios sencillos dobles, de color, muselinas, esmeritados, moldados, &c. &c.

PRECIOS REDUCIDOS

PÍDANSE TARIFAS

de platem lunas deterioradas.

REFORMAS

Si hemos de creer lo que manifiestan los ministros, ó mejor dicho lo que manifiestan los corresponsales acerca de lo que dicen aquellos, la labor que hacen este verano los responsables es importantísima.

Falta ahora que sea buena, porque no basta trabajar mucho si de la faena no se deducen positivas ventajas.

Del ministro de Instrucción pública ya hablamos hace días. La labor ha aparecido en la prensa y sólo un periódico le ha encontrado peros; mas como ese periódico está á la devoción de un antiguo ministro de Fomento, reformador de la enseñanza en un sentido que á nadie satisfizo, tiénese su crítica por interesada. Los demás colegas le han otorgado palmas sin fijarse en si el ministro que las ha realizado pertenece á la gente de casa ó forma parte de la familia del ve-

cino. Ya era tiempo de que así sucediera, pues la política debe servir para otra cosa que para encontrar bueno lo que procede del correccionario y detestable cuanto emana de los que militan en fracciones contrarias.

El ministro de Gracia y Justicia es también de los que se encuentran con las manos en la masa y si á todas las materias que tiene en estudio les da cima, bien puede decirse que el señor Terverga es hombre que aprovecha el tiempo.

La reforma penitenciaria; las leyes de enjuiciamiento, el jurado, la reforma del Concordato y el problema de trocar en sueldos fijos los derechos que gozan algunos funcionarios, todo lo ha acometido á la vez de un modo afanoso, como si habiendo medido el tiempo que queda para que se abran las Cortes y el trabajo que hay que realizar, hubiese comprendido que no puede encajar la labor en el tiempo sino haciéndola sin tomar descanso.

Muchas son las cosas que tiene

que hacer el ministro de Gracia y Justicia y todas importantes, mas ninguna tanto como la reforma de la ley del jurado, que pese á los votos del tribunal de hecho y á los sacrificios realizados para implantar la democrática institución, funciona de un modo lamentable, siendo muchas veces callejón de salida para los criminales y muy pocas lo que quiso el legislador que fuera: salvaguardia de la honra y de la vida de los españoles.

Hace mucho tiempo que debió acometerse la reforma, porque hace mucho tiempo también que los fiscales del Tribunal Supremo señalaron en las Memorias de apertura deficiencias grandísimas. Audiencias hay en las que el jurado funciona de tal modo, que rara vez se dicta veredicto de culpabilidad contra los homicidas. Eso no puede continuar porque la sociedad vive angustiada, sin garantías, expuesta al golpe de un malvado.

A evitarlo deben dirigirse los esfuerzos de Sr. Terverga. Limpie de ignorantes el plantel de jueces de hecho; entregue la facultad de juzgar á los hombres de verdadera independencia y habrá hecho á la sociedad un gran bien, pues la habrá sustraído á los peligros de que se siente amenazada.

MICROSCÓPICAS

¿Qué pasa?

Nada, uno de esos tambones y ganapanes que sirven al público de blanco para sus insultos en las plazas de toros. Su organismo no pudo resistir el golpe que le dió el cornúpeto y se deshizo como sal en agua.

El público lo acompañó con sus silbidos y mientras el infeliz iba, como en otras muchas ocasiones, en demanda de la enfermería, que era esta vez estación del sepulcro, el pueblo soberano gritaba desde los tendidos:

¡Caballos! ¡Caballos!

Escríbense ahora en su honor elogios.

Las plumas de los revisteros describen la

escena lamentando que un tan despreciable accidente como una caída, que nada de extraordinario tuvo, haya ocasionado la muerte del pobre Cigarrón. Y le llaman pobre, infeliz, desgraciado, como antes lo llamaron tambón y ganapan, haciendo coro al público incivil que le llamaba cobarde y otras cosas peores, pero que no se ponía en condiciones de que el toro le extrajera las tripas en medio de la plaza.

El pobre picador ha muerto en el Norte de España mientras su familia veraneaba en el Sur. Su cadáver ha sido llevado en lujoso coche, metido en regia caja, cubierto de un montón de espléndidas coronas. El féretro ha pasado por entre la apiñada muchedumbre sorprendida un momento por tal espectáculo. La conmiseración se reflejaba en todos los semblantes; pero fue cosa de un momento.

Veinticuatro horas después, el público congregado de nuevo en la plaza de toros, gritaba al ver rodar los picadores por el suelo:

¡Caballos! ¡Caballos!

Y poniendo en su boca palabras ofensivas y ultrajantes, les vomitaba sobre los jinetes excitándoles á desahogar el peligro, no como se acostumbra, sino como ordena el capiteo del caballo creen adquirir con la entrada á los toros el derecho al sacrificio de los lidiadores.

Del infeliz Cigarrón nadie se acuerda.

¡Bah, un torero!

Su infeliz familia...

Pensando en estas cosas se sienten impulsos de gritarle al maestro Ferreras:

—¡Ya somos dos para combatir la fiesta nacional!

Raul.

La protección á las plantas

En Austria se ha tratado de proteger una planta de la que existen temores que desaparezca, porque los labriegos, y sobre todo los alpinistas, con su afición á la destrucción, la arrancan de raíz en lugar de contentarse con apoderarse de sus flores.

Se trata del «edelveis» ó «flor de nobleza», como se la llama en el Tirol. El «edelveis» es aquella flor aterciopelada de pétalos en forma de estrella que parecen cortados sobre terciopelo blanco con sacabocados. Goza fama de buena «sombra» para las personas que la poseen, por cuya causa

es objeto de un verdadero culto en aquella región montañosa.

Muchas gentes pobres viven de esta planta, por qué, pues, destruir brutalmente una flor que es útil á tantas personas?

La planta en cuestión se reproduce muy poco, y cada día se van más, de modo que si se dejara obrar á los destructores pronto no habría rastro de ella.

Por esta razón existe actualmente un proyecto de ley presentando al Landtag del Austria inferior, en el que se marca pena de multa á los que destruyan al «edelveis» y castiga con prisión á los reincidentes.

Si la humanidad conociera sus intereses, pájaros y flores debían ser protegidos por las leyes.

UN SUICIDIO

Un periódico de la Coruña da cuenta de siguiente suceso ocurrido en aquella capital:

En la tarde de ayer, se desarrolló en esta capital un suceso desgraciado al que dieron origen los celos.

Hace siete meses contrajeron matrimonio los jóvenes Luis Rey Bravo y Francisca Freire, de 21 años ambos.

Pocos días habían transcurrido desde el enlace cuando surgieron ciertas inconveniencias entre los cónyuges.

Reñían con frecuencia y había llegado el caso de que se golpeaban mutuamente.

Tan insoportable situación duró muy poco, pues la esposa entabó demanda de divorcio y se separaron judicialmente.

Ella se fué á vivir con sus padres, Ramón López y Pilar Freire, á la casa número 58 del Camino Nuevo.

Rey Bravo continuó viviendo en la casa que antes ocupaba con su esposa, número 112 también del Camino Nuevo.

Sin embargo de vivir separados, reñían con frecuencia los cónyuges. La familia de ella tiene un establecimiento de comidas y bebidas, y él aprovechaba esta circunstancia, frecuentando el establecimiento, para vigilar á su esposa, pues sospechaba que no le era fiel.

Ayer mañana fué Rey Bravo á la tienda de la familia de su consorte, y en ella tuvo una cuestión con una hermana de la madre de ésta llamada Ramona.

La Rzepowa salió y se halló de nuevo en el corredor. ¡Ah! ¡Bien! Pero, ¿dónde? Allí también había puertas sin número; pero, ¿en cual de ellas, debía entrar?

Finalmente entre la multitud que entraba y salía, distinguió á un aldeano que iba con su palo, y se acercó inmediatamente á él.

—¿Compadre?

—¿Que querés?

—¿De qué país sotes?

—De Schweinherd, ¿y qué?

—¿Dónde puedo hallar al señor Prefecto?

—¿Lo sé yo acaso?

Entonces interrogó á un caballero que tan bien tenía botones dorados; pero sin frak, y con los oídos del vestido estropeados. Este ni menos le prestó atención, sino que respondió:

—No tengo tiempo que perder.

La Rzepowa entró nuevamente en otra puerta cualquiera, sin saber, la pobre, que era el cartel de la tienda. Prohibida la entrada á los no permitidos, olientes á la Administración. Seguramente allí se pertenecía á la Administración para ser admitido en el departamento. Abrió, pues, la puerta y entró en un corredor; una sala vacía; bajo la ventana un banco, sobre el cual dormía un individuo. Una segunda puer-

recibiendo en cambio un pedazo de papel en el cual el señor del frak había antes escrito algo.

En aquel momento, la mujer pensó que allí primeramente debía pagarse algo, y se arrepintió de haber dado de mendigo su pieza de seis ochavos. Prudentemente acercóse al enrejado, á pesar de que nadie se cuidaba de ella. La Rzepowa esperó y esperó; pasó más de una hora; la gente entraba y salía, mientras que el reloj, colgado á la pared, melancólicamente proseguía su último tic-tac. Finalmente la sala quedó vacía; el empleado sentóse en una silla y empezó á escribir en un gran libro. Solo entonces la pobre aldeana se atrevió á abrir la boca.

—¡Alabado sea el Señor!—dijo.

—¿Qué hay?

—¡Ilustrísimo señor Prefecto!

—Pero aquí es la caja.

—¡Ilustrísimo señor Prefecto!

—¿Qué es la caja, repítelo!

—¿El señor Prefecto?

—¡Ah!—dijo el empleado señalando con la pluma la puerta de salida.

—¡Dios mío! querida Rzepowa,—respondió el lechero,—el carro ya va sobrecargado, y el caballo á duras penas puede arrastrarlo. Pero si me das un florín, os dejaré subir.

La campesina recordó que en un ángulo del pasadizo había anudado una sola pieza de seis ochavos, y la ofreció al hebreo; pero éste respondió:

—¿Seis ochavos? si se van por el suelo no se recogen; guardáoslos, é id á pie.

Fustigó el caballo, y pasó adelante. El sol quemaba cada vez más, y el sudor caía en pequeños arroyos por el rostro de la campesina, pero apretó aún más el paso, y una hora después se hallaba junto á las puertas de la ciudad.

Antes de llegar á la ciudad, debía pasar por delante de una capilla en la que había una imagen de Nuestra Señora que se creía milagrosa, y en la que los días festivos una verdadera multitud de peregrinos estaban orando y pidiendo limosnas. En aquel momento, como quiera que era día laborable, había un soldado médico sentado en el banco, cubierto de bayetas, y enseñaba á los transeúntes un pie estropeado, falta del dedo pulgar.

Contaba continuamente las dolencias; pero apenas veía pasar una persona, cesaba en seguida su canto, y procuraba poner más á la vista el pie estropeado, y